

Noche de lobos hambrientos.

Por Raúl Morales

Aquella noche fue una noche extraña, la noche más extraña de mi vida. Aquella noche creí que iba a terminar quitándome la vida, después creí que iba a morirme de miedo y finalmente creí que iba a morirme de alegría, pero nada de eso ocurrió, pero ocurrió algo muy extraño que quiero relatarles a ustedes para ver si lo comprenden, porque yo ya he renunciado a entender aquello que es imposible entender, porque todas las explicaciones posibles pasan necesariamente por asumir que algo del otro mundo, algo de las fuerzas ocultas que rigen el universo tuvo necesariamente que intervenir aquella noche, de lo contrario todo resultaría inexplicable. Es imposible que lo sucedido aquella noche fuese un cumulo de casualidades, o simplemente producto del azar.

Verán ustedes, yo me llamo Pepe Folgas, aunque todos me conocen como Folguiño, y soy un labrego que vive en una apartada aldea en el Concello de Pobra do Brollón en la provincia de Lugo. Eso esta en la Galicia del interior, la Galicia llena de supersticiones y de meigas por todos los rincones, pero eso pertenece al folclore o al pasado, porque actualmente nosotros vivimos como en cualquier otra casa y como cualquier otra familia española. Veo por las noches los mismos programas de televisión que ven todos los españoles, poseo unos de los coches más populares entre los usuarios españoles, mi mujer se compra la ropa en El Corte Ingles, yo tengo mis dineros en una Caja de Ahorros y utilizó más o menos las mismas tarjetas de crédito que el resto de españoles, pero lo que me sucedió aquella noche, no, eso estoy seguro que no le sucedió antes a ninguna otra persona y también estoy seguro que eso sólo podría suceder donde ha sucedido, en la Galicia profunda, mística y supersticiosa.

Estoy casado y tengo dos hijos, ambos casados. El Mayor independizado trabaja en Monforte de Lemos y la pequeña y su hijo viven con nosotros desde que decidió separarse de su marido. El marido es un mal bicho, bebedor, jugador y mujeriego que la maltrató desde el mismo día que la conoció y

ahora, que mi hija decidió dejarle y rehacer su vida, no la deja ni un sólo día en paz. Tiene puestas multitud de denuncias contra el marido y extendidas órdenes de alejamiento, pero nada ha sido efectivo. Esa tarde recibió una llamada de su marido y le dijo textualmente: mañana te mataré a ti y a tu hijo y nadie podrá impedirlo.

Este hombre era un pendenciero que siempre, absolutamente siempre había cumplido sus amenazas. Un día la amenazó con que le quemaría el coche y al día siguiente le quemó el coche. Otro día la amenazó con que quemaría la escuela donde iba su hijo porque no le dejaban verle, y esa noche ardió la escuela. Pero él siempre salía indemne de todas las acusaciones, porque siempre tenía una coartada irrefutable.

Mi hija ante esa amenaza y ante los antecedentes quedó horrorizada y no sabía qué hacer. Eso no me sucedió a mí, yo supe lo que tenía que hacer para poner fin a esta persecución y liberar a mi hija de esa pesadilla. Esa noche cogí un Magnum del 44 que tenía escondido en la bodega, lo cargué y subí hasta el pueblo de Incio a buscarle. Sabía donde paraba todas las noches y además hice una llamada que me confirmó de su presencia en ese lugar.

Mientras subía hacia el Incio, que dista de mi aldea unos diez kilómetros por una carretera muy poco transitada, perfilé mi plan: Entraría en el local y sin mediar palabra le acribillaría a balazos y me guardaría la última bala para volarme la cabeza. No quería que mi familia se viese involucrada y de esa manera todo acabaría en un minuto, verdugo y ajusticiado yacerían muertos en el mismo lugar y mi hija se vería por fin libre para siempre.

Pero esa noche fue una noche muy extraña. Según subía por la carretera al salir de una curva tuve que frenar en seco porque inopinadamente delante de mí apareció una mujer joven vestida de blanco en medio de la calzada y aparentemente daba la impresión de que estuviese esperando algo. Yo no podía seguir porque la carretera era muy estrecha y ella estaba en medio, de modo que salí del coche y le pregunté qué hacía sola en ese lugar.

-Lo estoy esperando para saldar cuentas pendientes- me dijo muy enigmática.

Yo me ofrecí a subirla en el coche hasta el Incio o a llevarla hasta la aldea donde viviese, porque por la zona había algunas aldeas perdidas entre las montañas, pero ella no aceptó que la llevase. Después le pedí que me dejara el paso libre, pero ella, más enigmática aún me contestó:

-Ladran los perros, están augurando tristes acontecimientos-

Yo me quedé en silencio y efectivamente se escuchaban ladrar perros. Me volví para mirar en la dirección de donde se escuchaban los ladridos, pero no pude precisar el lugar de donde salían, porque la zona era boscosa y por allí no había aldeas cercanas. El caso es que nuevamente me volví hacia la mujer y extrañamente había desaparecido. La llamé, me acerqué hacia la cuneta para ver si se había internado en el bosque, pero nada, igual que había aparecido había desaparecido, pero de pronto sentí un tremendo frío que heló todo mi cuerpo. De repente recordé un triste acontecimiento que viví hace aproximadamente un año en una carretera cercana a Lugo. Iba detrás de un coche cuando vi que se abría la puerta del acompañante y una chica salía despedida del coche y se estrellaba contra el pavimento. Paré y la recogí mientras contemplaba que el coche huía del lugar precipitadamente. Un malnacido la había tirado del coche en marcha. Recuerdo que la chica iba toda vestida de blanco y antes de morir sólo pudo decirme:

-No puedo morirme, tengo que saldar cuentas pendientes- pero no pudo, se me murió entre los brazos.

El rostro de aquella chica se me quedó grabado en mi mente y ahora, no sé por qué, lo había recordado. Esta chica de la carretera también iba vestida de blanco y también hablaba de cuentas pendientes, aunque debido a la profunda oscuridad de la noche no conseguí verla el rostro.

Regresé al coche y continué con mi camino. Cuando llegué al Incio todo estaba absolutamente a oscuras. Había un corte de luz y al llegar al bar donde debía encontrarme con el marido de

mi hija para matarlo, ya estaban cerrando. Le pregunté al propietario por su paradero y me dijo que hacia unos minutos que acabada de salir y que se iba al Refugio de coruxas, que esta al inicio de la carretera por donde había llegado.

-Te tienes que haber cruzado con él- me dijo. Efectivamente si iba a ese lugar necesariamente tenía que haberme cruzado con él, pero yo no me crucé con nadie en todo el camino, sólo encontré a esa chica en la carretera, pero coches ninguno.

Un tanto aturdido por lo que me estaba sucediendo esa noche, volví al coche y decidí desandar el camino para ir a buscarle al lugar donde parece que se había marchado, pero al llegar justo al mismo lugar donde a la subida me encontré a la chica en la carretera, se me paró por completo el coche. Hice varios intentos, pero todo en vano, el coche no respondía a nada, se había quedado también sin energía. No me funcionaba nada de la electricidad del coche. Cogí el móvil y me dispuse a llamar para que viniesen desde el Incio a buscarme, pero inútil, el móvil tampoco tenía batería, todo apagado y sin posibilidad ninguna de arrancar el coche o hacer funcionar el móvil. Pero el cúmulo de casualidades adversas aún no habían acabado, abrí la guantera del coche y cogí una linterna que llevaba para emergencias, pero tampoco la linterna funcionaba, aparentemente estaba sin pilas aunque recuerdo que no hacía tanto que las había repuesto.

El pueblo sin electricidad, el coche se me queda sin batería de repente, el móvil agotado, la linterna seca y estoy en el mismo lugar donde hacía poco me había encontrado con una chica que me recordaba incesantemente a una fallecida hacía aproximadamente un año. El miedo se apoderó de mí, la noche era negra, el viento gemía entre las ramas de los arboles. Salí del coche y decidí regresar andando hasta el Incio, no habría más de quince minutos andando y allí podía coger un taxi y llegar por fin al local donde estaba mi yerno para acribillarlo a balazos. Cogí el Magnum entre mis manos y comencé a andar.

Apenas había dado los primeros pasos, cuando veo en medio de la carretera brillar en la oscuridad unos ojos. Me quedé parado y enseguida vi ante mí a un lobo gruñendo y desafiándome. Hice intención de asustarlo, pero el asustado fui

yo, porque enseguida me vi rodeado de lobos famélicos que gruñían y no me apartaban la mirada. Yo estaba aterrado, no me atrevía a moverme, quieto, el viento seguía soplando y el frío me congelaba, las piernas me temblaban y creo que no me derrumbé porque tenía la seguridad que si me caía en la carretera sería devorado en un instante. No sé cuanto tiempo estuve en esa situación, pero me pareció una eternidad, pero de pronto las luces del coche se encendieron solas y los lobos desaparecieron de mi vista casi por encanto.

Volví al coche y esta vez arrancó sin ninguna dificultad. Cuando llegué al bar donde me dirigía, ya estaba cerrado. Miré el reloj y eran las dos de la madrugada, ya no podía hacer nada, había perdido la oportunidad de matar a mi yerno y de liberar de una pesadilla a mi hija. Regresé a casa totalmente desconcertado por todo lo acontecido y frustrado por no haber cumplido mi misión, pero las sorpresas aún no habían acabado, nada más entrar en casa y cerrar, alguien llamó a la puerta.

Salí y me encontré a una pareja de la Guardia Civil que preguntaban por mi hija. Corrí a la habitación a despertarla y le dieron la noticia.

-Su marido acaba de fallecer en un accidente de coche. Estuvo hasta la una de la madrugada bebiendo con una chica vestida de blanco en El Refugio de las Coruxas y cuando se marcharon, como él iba totalmente borracho, la chica cogió el coche y se despeñaron por el viaducto de La Vineira. Ambos han fallecido en el acto, su marido esta reconocible, pero ella esta totalmente irreconocible; no sabemos quién es- le dijo el guardia civil a mi hija que rompió en llantos. Ellos creían que era de dolor, pero yo sabía que eran llantos de alivio.

Pero yo sabía algo más, sabía quién era la chica. Ahora estaba seguro, era aquella mujer que hace un año recogí en la carretera y se murió entre mis brazos diciéndome que tenía cuentas pendientes. Ahora ya podía descansar en paz. Ésta difunta ya ha saldado cuentas con el destino, ya no tendrá que seguir vagando por los caminos aferrada a la cuerda de la Santa Compañía y ahora también había comprendido la razón de los extraños acontecimientos de aquella noche. Nunca pudieron identificar al malnacido que la tiró del coche, pero ya no hacía falta, había sido el marido de mi hija.

Las fuerzas ocultas que mueven el Universo me mantuvieron al margen para no interferir los designios de la Santa Compañía. Esa al menos es mi opinión, aunque es posible que ustedes no crean en supersticiones y tengan otra opinión.